

EL PAÍS

JORDI ESTEVA

Las raíces profundas del nómada irreductible

A punto de cumplir 70 años, el escritor y fotógrafo Jordi Esteva escribe unas memorias emocionantes y conmovedoras en las que pasa revista sin tapujos a su vida, sus extraordinarios viajes, su sexualidad y sus sueños



[JACINTO ANTÓN](#)

Barcelona - [21 MAR 2021 - 05:30 CET](#)

7



Jordi Esteva (tercero por la izquierda), con sus amigos del oasis egipcio de Bahariya Assem Sharaf (izquierda), Am Anwar y Beda Taousila, en 1983.

El viaje más emocionante de [Jordi Esteva](#) ha resultado ser el de sus recuerdos. A punto de cumplir 70 años (en julio), el viajero, escritor, fotógrafo y autor de documentales barcelonés se despacha con unas memorias, *El impulso nómada*, aún inéditas, en las que pasa revista sin tapujos a su vida, sus extraordinarios viajes, su sexualidad y sus sueños. El autor de *Los oasis de Egipto*, [Los árabes del mar](#) o [Socotra, la isla de los genios](#), nos lleva ahora de Villa Rosa, la casa de los

veranos de la infancia en El Figaró, a los peligros del Sudán, a las catacumbas de Kom el Shogafa en Alejandría o al [oasis de Siwa](#). Lo hace desgranando con arrebatadora franqueza y su acostumbrado [gran pulso literario](#) una aventura vital que incluye el descubrimiento y asunción de su homosexualidad —tras ser sometido a tratamiento médico en los años setenta para reprimirla—, la experiencia con las drogas (desde las luminaletas de niño a la mescalina y al opio) y la psicodelia *hippy*, el viaje iniciático de rigor a Afganistán y la India en camioneta, el amor por cualquier lugar en el que crezca el hinojo, haya gatos y ruinas y te den leche de camella, y al final del camino (de momento), la expulsión a la fuerza de Egipto, su hogar de elección, acusado de actividades subversivas por la policía secreta del país.

“Durante el confinamiento viví una etapa muy reflexiva, y me puse a recordar y a escribir; no sabía que con los recuerdos se lo pudiera pasar uno tan bien”, explica Esteva, que poco después de la entrevista, al morir su hermana mayor, Rosa, se marchó a Egipto —donde ya puede volver a entrar— y se ha instalado una temporada en El Fayum, vagando por los templos solitarios. “Repasé mi infancia, mi juventud y mis primeros viajes y lo reviví todo en el papel, desde el otro lado del espejo”, continúa.

Las memorias del que es seguramente nuestro mejor escritor de viajes, pendientes aún de publicación y que incluyen fotografías impagables, arrancan con un niño enamorado de los atlas, los libros de geografía y los mapas, un niño que soñaba con viajar a los confines del mundo y que repetía como un mantra una frase: “Un día me iré y no me veréis más”. El pequeño Jordi Esteva, según se describe a sí mismo el escritor, era un niño sensible (escuchaba tocar a Frederic Mompou el piano escondido con la hija de Montsalvatge en la casa del compositor), con flequillo a lo *Marcelino, pan y vino* pero también de la estirpe de Guillermo Brown, de familia burguesa barcelonesa, de *casa bona*, con piso junto a la plaza Molina, chicas de servicio, Citroën 11 Pato y vacaciones en la montaña y en la Costa Brava. Sorprende el detalle con que se acuerda Esteva de las cosas. “Mi memoria es muy visual”, explica, “y tiro del ovillo, y va saliendo todo, hay como mojones en la vida desde los que puedes recordar muy bien. Además, tenía notas, carnets y textos dispersos en los que me he apoyado”.

Envenenado de aventuras de papel y celuloide, de *El ladrón de Bagdad* y *Las aventuras de Simbad*, y de los relatos de su padre, que había viajado a Alejandría por negocios, anhelaba que lo raptaran los gitanos “para deambular por esos mundos de Dios”, como su admirado primo mayor, el célebre cineasta Jacinto Esteva, la oveja negra de la familia, entre alminares y palmeras. El sexo entra pronto en el relato de Jordi Esteva. La directora del colegio que lo sometía a un jadeante “arre caballito” que desagradaba al niño; el herrero del pueblo de veraneo, el día que le acarició la cara Sara Montiel, el albañil Manuel al que entrevió desnudo, o el coronel Alcázar de Tintín, “que me erotizó tempranamente”. ¿Cuánto hay de reinención en *El impulso nómada*? “Invención cero, hay reelaboración, reconstrucción, y hay una selección de episodios, claro: lo que ha contribuido más a hacerme quien soy; no es una biografía, todo gira en torno a ese impulso del título”.



Jordi Esteva (izquierda) con Xefo Guasch y un encantador de serpientes en Benarés en 1973.

El impulso de huir

Para ser alguien tan enamorado del mundo árabe, el escritor tuvo la mala pata de que su padre, enviado de joven a la fuerza a la legión en Larache, detestaba todo “lo moro”. Además, trató de inculcarle el gusto por la caza, algo que Esteva, ferviente animalista, ha odiado toda su vida. Tras pasar por la “orgía sádica” de los curas de las Escuelas pías de Sarrià y ser expulsado de monaguillo por beberse el vino de misa, a los 15 años recaló en Dublín para aprender inglés. “Tuve una educación constrictora, católica”, subraya el autor, “y eso contribuyó a mi impulso de huir, hacia donde fuera”. Llegaron luego Herman Hesse, Pink Floyd, el cine de arte y

ensayo. A los 17, en 1968, viaja a una comuna *hippy* en el Atlas marroquí, donde experimenta con tríos y drogas, y escucha por primera vez cantar a Um Kulzum, la diva egipcia que será uno de los faros de su vida. En 1970 acude al festival de la isla de Wight, apoteosis del hipismo, atravesando Francia en un *dos caballos*. Su vida luego es la propia de los espíritus libres de la época, viviendo aquí y allí, viajando (Túnez, Argelia, Libia, Líbano, Siria, Turquía...), experimentando.



Jordi Esteva en 1975 en Ceilán.

Outsider del mundo burgués de la época y de la lucha política, Esteva vive mal su descubierta homosexualidad. “Fue un proceso muy doloroso, opaco y triste”, recuerda. Al sincerarse un día con su padre, este le dice, “si quieres, se puede curar”. Es el inicio de una experiencia tremenda: el especialista que lo trata lo atiborra de pastillas que lo convierten “en un zombi”, le inyecta Pentobarbital, y le hace ir a discotecas a ligarse a mujeres. No da resultado. Tras un año, en 1973, huye a la India con un grupo de amigos. Es su Grand Tour, una peregrinación en camioneta, durmiendo en caravasares e incluso en las ruinas de Persépolis, recorriendo la ruta de la seda; en Bam, “un laberinto dorado donde el viento ululaba sin descanso acompañado del graznido de los cuervos bajo uno de los cielos más azules que jamás haya visto”, queda aturdido por tanta belleza. Baluchistán, Lahore, Cachemira... Descubre que le encantan las gentes “sencillas y nobles” que encuentra por el camino y “el universo de miradas y complicidades del mundo islámico que podían resultar equívocas”.

Sexo sin gazmoñería

Siguen a Katmandú, claro. En Bombay se enrolla con Hakim, una de las numerosas apasionadas relaciones que describe sin ambages en sus memorias. De esa naturalidad con que habla del sexo, Esteva, que nunca ha prodigado el yo en sus libros, dice que no está ya para gazmoñerías: “Tengo casi setenta años, me muestro como soy; la gente es muy púdica, y más los homosexuales, parece que si eres gay tengas que callarte en cuestiones de sexo; en nuestro país, desgraciadamente, hay que seguir siendo reivindicativos, para conjurar la homofobia que siempre está ahí”. Señala, sin embargo, que para hablar de sexo “no hace falta hablar de miembros, se puede ser más sutil, ser muy explícito tampoco aporta nada”. Del asunto del tratamiento recalca que en realidad su padre siempre fue muy comprensivo con su homosexualidad, “pero, hombre de su época, le daba miedo que yo fuera a ser infeliz, él no sabía en qué consistía esa pretendida cura que incluía electroshock”.

Desubicado de vuelta en la Barcelona de los setentas, de Nazario, Ocaña, Mariscal, Alberto Cardín, vuelve a marcharse, esta vez al peligroso Sudán en busca de su primo Jacinto, “el antihéroe”, a la manera de Marlow tras Kurtz. En Jartum vive una vida nocturna inesperada. En la ciudad hay derviches sí, pero también se baila en los clubes con música de Bob Marley y se fuma bango, la potente marihuana sudanesa. Viaja al sur, pura aventura de trópico, cocodrilos, picozapatos y pastores guerreros. ¿Tenía sensación de riesgo?, el lector sufre por él. “Creo sinceramente que uno recibe lo que da, y si vas con buenas intenciones, de buena fe, no suele pasar nada. No siempre es así, por supuesto. Pero siempre he viajado sin miedo, y, bueno, he tenido suerte”. Pilla la malaria y pasa al Yemen, descubriendo en los navegantes del Mar Rojo a los árabes del mar.



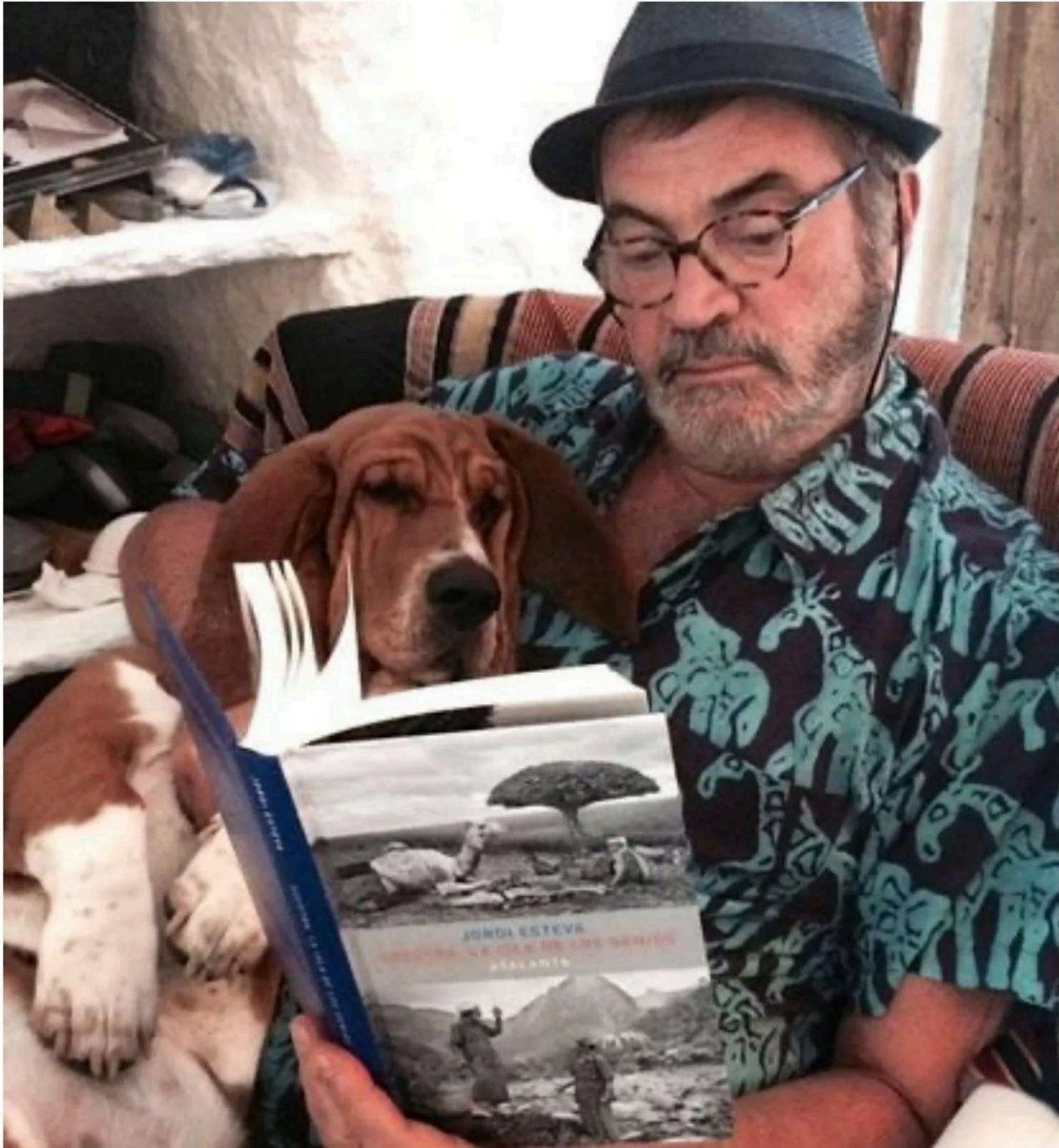
Jordi Esteva en Jartum (Sudán), en 1977.

Un momento fundamental en la vida de Esteva es su llegada a El Cairo, donde residirá cinco años felicísimos viviendo como un cairota más, imbricado en la cultura egipcia, perfeccionando el árabe que ya chapurreaba —“el egipcio coloquial fue una varita mágica”— y haciendo amigos. Desde allí vivió el 23-F. Viajó por todo el país, enamorándose de esa tierra, y de algún soldado de grandes ojos lujuriosos o un capitán copto. Las descripciones de esa vida cairota son una verdadera cima de la literatura de viajes. Pocas veces se ha visto a un occidental realizar una inmersión tan profunda y afectiva en la cultura egipcia, de lo alto a lo más bajo. Pero sus amistades, entre ellas personajes inolvidables —“me dicen que siempre me he hecho amigo de lo peor, que es lo mejor, los excéntricos, los contestatarios, los distintos”, bromea—, y sus actividades no eran las más recomendables a los ojos de la policía secreta, el temido muhabarat.

Arcadia arábica

La culminación de la experiencia egipcia de Esteva fue [su descubrimiento de los oasis](#) (Jarga, Dahla, Farafra, Bahariya, Siwa), en 1982. Ese fue el gran viaje que cambió definitivamente su vida. Allí, tras el Mar de Arena, conoció a las gentes que más le conmovieron, los amigos definitivos. [Su Arcadia arábica](#), su casa verdadera, donde se bañaba desnudo de noche contando estrellas fugaces, “sin ataduras ni añoranza” y tratando de borrar su pasada identidad. Muy poco después de conseguir la mejor foto de su vida, en una tempestad de arena cerca de Dahla, tres individuos armados irrumpieron en su habitación en Mut, en el oasis, y lo esposaron. Fue a parar a una cárcel de alta seguridad acusado de conspirar contra el régimen. Entre sus supuestos delitos, enseñar karate a células subversivas, él que se había librado de la mili. Por suerte, todo acabó en una expulsión inmediata: 24 horas para largarse y no regresar nunca. Un batacazo que marca un antes y un después, “la ruptura del cántaro de la felicidad, la pérdida de la gracia”.

Ahí acaba *El impulso nómada*, que cuenta con un epílogo, una puesta al día, en el que Esteva explica someramente lo sucedido a partir de entonces y cómo treinta años después pudo por fin volver a Egipto, como autor invitado por la Feria Internacional del Libro de El Cairo, llevando bajo el brazo, como una postrer victoria, *Arab el Baher*, la traducción al árabe de *Los árabes del mar*



Jordi Esteva con Yoko y su libro de Socotra, en una foto reciente.